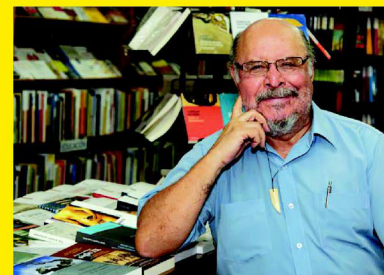
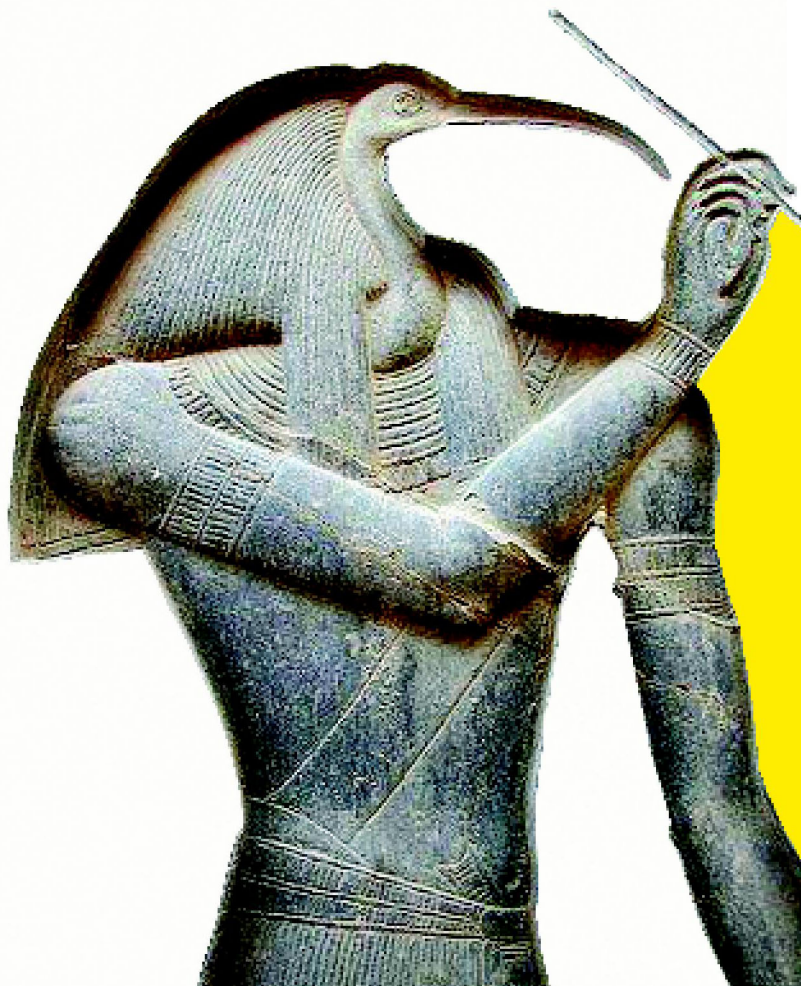


# UNA VERDAD ME SEA DADA EN LO QUE ESCRIBO

Elkin Restrepo

ANTOLOGÍA PERSONAL



© Regina Sepúlveda

ELKIN RESTREPO (Medellín, Colombia, 1942), editor y dibujante, fue cofundador y codirector de las revistas *Acuarimántima*, *Poesía y Deshora*.

Perteneciente a la *Generación Desencantada*, posterior al *Nadaísmo*, obtuvo en 1968 el Premio Nacional de Poesía Vanguardia-El Siglo con su libro *Bla, bla, bla*. A éste le siguieron: *La palabra sin reino* (1982), *Retrato de artistas* (1983), *Absorto escuchando el cercano canto de sirenas* (1985), *La dádiva* (1991), *Lo que trae el día* (2000), *La visita que no pasó del jardín* (2002, 2010) y *Objetos figurados en un paisaje a solas* (2009). Todos ellos representados en las antologías *Luna blanca* (2005), *Amores cumplidos* (2007), y *Poeta de provincia* (2010). Su última entrega hasta la fecha es *Como en tierra salvaje, un vaso griego* (Biblioteca Sibila-Fundación BBVA, Sevilla, 2012).

Como narrador ha publicado: *Sueños* (1993), *Fábulas* (1991), *El falso inquilino* (2000), *Del amor, lo pasajero* (2007, 2011), *La bondad de las almas muertas* (2009) y *La orfandad de Telémaco* (2010).



# PALIMPSESTO

Colección de Poesía

**Dirección:**

Francisco José Cruz

**Secretaría de Dirección:**

Rosario Acal

**Diseño:**

Carmen Herrera Romero

**Edita:**

Excmo. Ayuntamiento de Carmona  
Delegación de Cultura

**Redacción:**

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18  
41410 - CARMONA (Sevilla)  
palimpsesto1990@gmail.com

**Administración:**

Biblioteca Pública *José María Requena*  
C/. Domínguez de la Haza, s/n.  
Tfno. y fax 95 419 14 58 - biblioteca@carmona.org  
41410 - CARMONA (Sevilla)

**Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:**

INGRASEVI, S. L. - Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 2  
Tfno. 95 419 06 89 - Fax 95 419 07 01 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

**I.S.B.N.:**

978-84-89993-44-0

**Depósito Legal:**

SE - 755 - 2014  
IBIC - DCF

Imagen de cubierta:

Bajorrelieve del dios Thot en el templo de Luxor, Fotografía de Jon Bodsworth

© Elkin Restrepo

© De la presente edición, PALIMPSESTO





UNA VERDAD ME SEA DADA  
EN LO QUE ESCRIBO

Elkin Restrepo

ANTOLOGÍA PERSONAL



P A L I M P S E S T O



## PRÓLOGO

Nací en Medellín, en el 42, año en el que murió en México el gran poeta Porfirio Barba Jacob, nacido también en estas breñas, las antioqueñas, como León de Greiff, Fernando González, Gonzalo Arango, Epifanio Mejía, Tomás Carrasquilla, Manuel Mejía Vallejo, José Manuel Arango, etc., etc., una comarca con una tradición propia y vigorosa, no sólo en la poesía y la literatura, sino también en las artes, la política, la arquitectura y la cultura en general, que la hace única dentro del país colombiano.

Mis padres, Heriberto e Isabel, eran pueblerinos y emigraron a la ciudad cuando Medellín era una ciudad pequeña, hermosa y pujante, de la cual se sentía orgulloso hasta el perro callejero. Se le nombraba por propios y extraños como «la tacita de plata» y se hablaba un español bronco que combinaba muy bien las voces heredadas con los neologismos que el desarrollo urbano, la industria y los coqueteos cosmopolitas introducían en el uso corriente. Era un español nunca carente de gracia y pintoresquismos, de vastas y cálidas sonoridades, modeladoras de un carácter colectivo recio e independiente, cuya entidad se percibe muy bien en las novelas de Carrasquilla o en la poesía de De Greiff.

Es la ciudad de mi infancia, que recorría con mis padres y mis hermanos los domingos después de asistir a la retreta en el parque Bolívar para irnos luego de visita a casa de la abuela

María en el barrio Boston. En ella había un orden y un propósito y, ahora que vuelvo la vista atrás, al contemplarla en su conjunto y vivaz devenir, casi me parece utópica al compararla con el Medellín de hoy.

Cuando tenía siete años, la familia se mudó al barrio Manrique, un barrio de clase media, donde al llegar y, anhelando saber qué había del otro lado, me asomé por el muro medianero que separaba el solar nuestro del de la casa vecina, encontrándome con la visión que, transcurrida buena parte de la vida, no dudo en considerar como aquélla de la cual surge mi poesía y, en últimas, mi propio sentido de la vida.

Atardecía y una luz convertida en oro caía sobre un sembrado de cebollas y tomates y tocaba, transfigurándola, la rústica puerta que separaba el solar del interior de la casa. Era, para mi mente temprana, como si hubiera encontrado cubierto de destellos el cofre del tesoro. O, como diría hoy, como si allí anidara una deidad que por descuido se dejara ver.

Por primera vez, pues, de la manera más sencilla e inesperada, se me mostraba la belleza del mundo. Cuando al día siguiente, esperando ver lo mismo, me monté al muro, ya la escena era otra, otros sus sentidos. El misterio había volado y el solar con su sembrado y su puerta añosa eran parte de lo corriente y mi decepción fue grande.

El caso es que, habiendo empezado mis tratos con la poesía, tardé años en reconocer que la fuente del verbo, de mi verbo, ostentoso al principio y despojado después –como lo pedía Juan Ramón–, estaba ahí, en ese momento en que, digamos, la inmortalidad hizo presencia.

Después vino el cine y vinieron los libros, una experiencia que pensé mayor a todas, menos a la del amor, quizás porque allí la existencia, tan distinta a la pobre y difícil que creía vivir a diario, era la ideal, negada sin embargo por alguna razón.

Me equivocaba por supuesto, la vida suele dar en su momento la respuesta adecuada y colocar en su lugar, diferenciando, lo que es real de lo que no lo es o es apenas camino intermedio.

Entretanto estudié Derecho (que nunca ejercí), me hice profesor de Literatura en la Universidad de Antioquia, me casé con Estela, una mujer hermosa y gentil, digna de figurar en todas las Biblias, y con ella tuve dos hijos, Juan Sebastián y Carolina, que viven en Australia. Hannah es el nombre de mi nieta australiana, a quien adoro como un primitivo a su becerro.

Con José Manuel Arango y otros amigos fundé y codirigí varias revistas de poesía: *Acuarimántima*, *Poesía y Deshora*. Hasta hace poco codirigí también *Odradek, el cuento*, dedicada por completo al género cuentístico y dirijo *La Revista Universidad de Antioquia* desde hace quince años.

He escrito varios libros de cuentos y afilo las uñas para seguir haciéndolo porque es un género que exige tanto rigor y conocimiento de las personas y las cosas, de la vida en general, como la poesía y gratifica tanto como ella. Como aficionado, soy jubilado y dispongo del tiempo a mi amaño, dibujo y últimamente hago escultura. Anoto también mis sueños en libretas sueltas, de los cuales he publicado varias selecciones. Desde fines del año pasado, llevo un blog con breves crónicas y escritos diversos: [www.restrepoelkin.wordpress.com](http://www.restrepoelkin.wordpress.com).

Soy, pues, un hombre con suerte.

Mi poesía no siempre es la misma. De un libro a otro cambia de forma, de tema, de música incluso, sin que me lo proponga muy conscientemente. Constituye una sorpresa para mí ver cómo las variaciones aparecen y jalan sus asuntos y cómo todo asume un carácter provisional, experimental, si se quiere. A diferencia de aquellos que parecen escribir el mismo poema y cada nuevo texto suyo es otra variación más que se agrega a la arquitectura inicial, enriqueciéndola, en mi caso es el nomadismo, la continua metamorfosis, el mudar de piel, el principio que alienta toda mecánica: maneras de actuar y hacerse visible el hecho poético que enuncia a la vez su diversidad complementaria.

Quizá sea esta condición o naturaleza la que me permite asirme, casi como un reflejo, a las distintas maneras de una

realidad inmediata, fluida e ilusoria como cualquier otra o como cualquier concepto que se elabore al respecto. Sostenerse en lo alto de la ola sobre una tabla de surf, así veo el oficio de la poesía y su juego de certezas, siempre cambiantes.

En los años sesenta, vivió en Medellín Ernesto Cardenal quien ingresó al Seminario de Vocaciones tardías de la Ceja, donde se hizo sacerdote. Tuve la oportunidad de conocerlo y conversar con él. Había vivido en Estados Unidos y con José Coronel Urtecho recién había publicado en español una antología de la Poesía Norteamericana –reeditada hace poco en Caracas–, que en aquella década de cambios ofrecía de pronto, junto con su magnífica obra, un cambio de norte a la poesía latinoamericana de aquel entonces.

«Poesía conversacional» llamó a la experiencia vanguardista que, al alejarse de la tradición francesa y española, se hacía coloquial, valiéndose de los asuntos más cotidianos para cumplir sus propósitos. Ya no era el artificio surrealista, formal o retórico el que imponía su mandamiento, sino la proximidad a la vida de todos los días la que volvía de pronto a recuperar su lugar en el verbo. Cuando a partir de cierto momento lo entendí así, mi trabajo con la poesía supo entonces a dónde ir, qué hacer, cuál mi reino.

Un mundo sin dioses, como el presente, es un mundo aún más complejo, pues sólo lo llena la naturaleza y la historia; lo que la actividad humana hace y pueda hacer de él, ésa es nuestra gran responsabilidad. De aquella ausencia y de esta otra apasionante aventura, me parece, se sirve la poesía.

ELKIN RESTREPO  
Medellín, enero de 2014

*A Estela*



# RETRATO DE ARTISTAS

1983



## PIER ANGELI

De nuevo el mar golpea una región de postal  
en el Mediterráneo,  
y multitud de golondrinas pasan sobre el mundo, chillando,  
mezclándose como un nombre extraño al sueño;  
de nuevo los días son tibios como un gabán  
y la ciudad parece revivir,  
extenderse como una herida purulenta, incurable;  
de nuevo la luz remoja los parques y revienta  
como un recuerdo en el corazón;  
de nuevo, de nuevo, tú escapas a ti misma en tu segundo  
o tercer intento de suicidio,  
y lloras desolada en un cuarto de hospital,  
mientras una enfermera va y viene,  
helada como un testigo;  
mientras tu alma se descarga  
de ciertas imágenes amargas  
y el miedo te da un respiro,  
permitiéndote unos instantes de sosiego,  
unas desordenadas palabras.  
De nuevo tú estás en la vida  
y los ramos de flores abundan,  
y tu palidez da fuerza a no sé qué  
de tierno en tu rostro,  
y ahora te abrazas a ti misma como a alguien odiosamente  
amado,  
y quisieras que todas las campanas del mundo  
se echaran a volar.  
Por un instante eres feliz, un animalito removiendo  
cálidas aguas,  
una plazuela al mediodía, una canción de moda.  
Por un instante, como una dulce hermana,  
tienes piedad de ti misma,

y no quieres ya el espejo que la enfermera te alarga,  
y, como una colegiala nerviosa, lloras y ríes.

Al borde de la cama,  
tu marido espera quizá sin comprender.  
La vida es más atroz que cualquier sueño,  
y hay una cosa que se llama ridículamente soledad,  
y tú, Pier Angeli, andabas sola por esa opaca calle  
en que de repente se convierte el mundo.  
En que de repente se angosta misteriosamente la vida.

A tu marido le prometes que no volverá a suceder.  
Pero sucederá.

## MIROSLAVA

Ahora que todo lo sabes,  
y tu cabellera ondea silenciosa en un rincón  
de la muerte,  
y tus labios nada dicen, pienso en ti, pienso en ti.  
Es de noche,  
y las carreteras en el campo están solas,  
y hay en todo como una claridad siempre más allá  
y el recuerdo es como un cuarto  
del cual acabas de salir.

Ahora que todo lo sabes,  
y el mar se hace jirones como una tela oscura,  
y donde quiera que miro no encuentro  
un poco de tu carmín,  
ni de tu perfume ni de tu misteriosa belleza.

Ahora que todo lo sabes,  
la vida pasa cálida como una boda,  
y, allí, donde estás no llegan sus imágenes  
ni sus rumores,  
ni la noche es como un abrazo.

Ahora que todo lo sabes,  
y sólo eres un poco de polvo disperso bajo las estrellas,  
bajo el más bello color de la noche,  
pienso en ti, pienso en ti.

## SHARON TATE

Ya no importa, ya no importa,  
pero allí abajo, atrás de la línea de casas, el mar  
se mueve como una cortina blanca y,  
en el temblor de mis párpados,  
hay un poco de ardor, de cielo azulado,  
y un recuerdo desconocido  
se lleva mi nombre muy adentro de mí.  
Ya no importa, ya no importa,  
pero las aves chillan sobre el oscuro acantilado  
y algo, una voz que no he escuchado nunca,  
una cabellera tiernamente suelta,  
conmueve, sin más, el fondo de mí misma este día.  
Ya no importa, ya no importa,  
pero los días son como una lejana puerta que golpea,  
y hay como un claro misterio en todo,  
y mi mano, mi mano ahora,  
cae en mí como un amante y brilla  
como una joya entre mis piernas.  
Mi mano,  
como una gran ave sobre mi pubis.  
El ir y venir de un mar desolado,  
un frío cansancio, una nada superior a mis fuerzas,  
son entonces mi último recuerdo.  
Pero ya nada importa.

## JOHNNY WEISMULLER

Al fin la tarde se desvanece, blanca y sola,  
como mi vida.  
Queda, al fondo del hotel, el ruido opaco del mar,  
su espuma deshecha y la oscuridad. La noche inmensa.  
He venido a morir aquí,  
y ya nada o poco comprendo.  
Sentado en esta silla de ruedas,  
que mi mujer acerca a la ventana o retira,  
miro los días que pasan  
y ese otro sueño que nace de mi angustia,  
sordo e inacabado como la ausencia.  
Mi sangre ya no golpea en mis adentros,  
y mis manos tienen el color de la ceniza.  
Ya nada queda,  
y sólo escucho, como al mar, mi memoria.  
Mi memoria de lo que alguna vez fui  
y que en la noche, en la vacía noche,  
siento fundirse  
con el murmullo sin fin de la luna.

## MARÍA FÉLIX, EN UNA PÁGINA DE DIARIO

Ahora que los días caen como pañuelos arrugados y el corazón hila su recuerdo; ahora que, olvidada, te mueves entre hielos y la fragancia de tu casa de pino en la montaña atrae un sin fin de impresiones y juegos de luces; ahora que el temblor de tu labio renueva el aire de México y tu voz abolerada infla los mares; ahora que la blancura de tus hombros es como la nieve oscura de los sueños y bandadas de palomas asoman a tu rostro; ahora que es tarde y sobre tu figura llega el invierno, infeliz como una carta devuelta, y el rojo de las rosas no combina bien con tu vestido largo; ahora que te mueves como una gata en un alcorado libreto de Tennessee Williams y el marco de la nostalgia te tiene atrapada; ahora que el moho y el tiempo debilitan las paredes de los estudios Churubusco y ya no hay más flashes y todo parece envuelto bajo otra luz; ahora que tus inenarrables senos son un fruto surrealista y tu cabellera anda suelta fuera del mundo; ahora que tu cólera no salpica los pececitos en el estanque y tu casa está a solas; ahora que tu belleza es nada más una obsesión de anticuario, una cartera perdida; ahora que tu soledad es como una postal de los paisajes de Suiza y el tedio te hace fruncir el ceño; ahora que en Medellín no hay obispos que impidan tu entrada a la ciudad ni existen muchachadas devotas de tu inaccesibilidad pecaminosa; ahora que sonríes para nadie, que amargamente duermes en ti misma y dejas como una herida en el aire; ahora que todo ha pasado para siempre... Ahora, ahora.

## ELVIS PRESLEY (ÚLTIMO CONCIERTO)

La noche, afuera, está espesa y blanca  
bajo el miedo de las estrellas,  
y, en la quietud insomne de la casa,  
siento que algo se agota, que ya no hay tiempo,  
que algo en mí se va y ya no vuelve.  
En cada habitación hay una televisión encendida  
y los sirvientes tienen orden de dejarme solo,  
y yo, gordo y apestoso, me muevo de aquí para allá,  
torpe como una marioneta.  
Como un enfermo lúcido, necesito no pensar,  
ensordecirme,  
huir, huir.  
¡Ah qué días desdichados estos  
en que, como un bicho, reviento,  
y la noche no es cálida como una bocanada  
de marihuana  
y tampoco trae descanso ni sueño!  
Aún siento, sobre mi alma, la luz de cien reflectores,  
el loco bullicio, mi voz arrinconada en la locura,  
mis venas tensas como hilos de guitarra.  
No, no hay descanso.  
(Mi vestido tiene tantos brillos como la noche,  
mi pañuelo anudado al cuello es del color  
de un pueblo polvoroso  
en la infancia,  
mi sonrisa ondea como una bandera  
izada en otro mundo,  
mis cabellos caen, por un instante, en la muerte).  
Por un instante, mis ojos entrecerrados  
me hacen desaparecer  
y la oscuridad me colma, me alivia como un bálsamo.  
Con lentitud absorbo un trago de whisky,

mientras afuera cambia el mapa inextinguible de la noche  
y una brisa refrescante sopla sin más  
y una luna redonda se apoya sobre mis nervios.  
Abajo, en el garaje, está mi auto reluciente,  
bello como el oro  
en las arcas de mi banco,  
como mi ex mujer en un día de cumpleaños,  
como una canción recién escrita.  
Ahora he desconectado el teléfono  
y la música invade mi mente.  
La música, honda como el silencio que nunca tuve,  
como una mañana de sosiego en el campo,  
como una iluminación.

Tuve lo que siempre quise.

Pero ahora estoy más solo que en un comienzo.  
No quiero morir.  
Busco el color perdido de una estrella.

## BELA LUGOSI (UNA CARTA)

Querida Mamá:

Estoy sentado en un bar del centro y, desde mi lugar, miro la gente que se pasea en la calle, el oro perdido de la tarde reflejándose en los altos edificios, mi propia soledad. Debes recordar que hoy cumpla cincuenta años y que, como cualquier hijo de vecino, he necesitado echarme un trago. La verdad que no me importa mucho lo que la vida ha hecho de mí (ya conoces esa máscara horrible en que me he convertido), ni siquiera lo ajeno que siento los sueños que una vez tuve y que tenían que ver con la inmensidad de los ríos y el color de las tierras bajas en este país de promisión.

Ahora, cualquiera podría pensarlo, pareciera sentirme más feliz en medio de tanto decorado ridículo y de los tintes y afeites que me desfiguran, de la fatiga de las largas horas. Hay quién piensa –lo leí el otro día en el periódico– que soy la más grande encarnación que del terror se ha elaborado en los estudios, una imagen perfecta de lo sobrenatural.

En esto he terminado, querida mamá, y no me importa puesto que carece de sentido, puesto que nada significa. Aquí no trato con nadie y sólo amo esas estrechas calles traseras donde la basura abunda y las ratas corren y se puede estar más solo. Ahora no voy más a la iglesia los domingos y desearía emborracharme todos los días de la semana. De vez en cuando, la verdad, pienso en mis años de muchacho de barrio y en mi extraña ilusión (misión) de venir a América y cambiar de vida.

Ahora, a mis cincuenta años, qué lejos está eso y qué cerca y agobiante siento este cansancio, esta nada en que todo parece desembocar. A ratos pienso que es el fin, pero queda esta última lucha conmigo mismo.

Mamá deberías cuidar un poco de mí.

## KIM NOVAK

Oh, mi amor, qué fatigada me siento en estas regiones  
donde nadie comprende mis palabras

y una luz de desespero  
rodea las cosas y yo parezco un cadáver sumergido,  
sin recuerdos ya, confundida como una colegiala  
por deseos y miserias, ajada y gorda como una hada  
de un cuento obscuro.

Los días traen siempre una pena  
y yo, envuelta en una frazada, inquilina de un invierno  
que en mí da vueltas y vueltas,  
borrada por un viento polar,  
apenas si salgo de la casa o contesto al teléfono,  
perdida en mi reposo inmovible.

Tengo los labios agrietados y los oídos me zumban  
y si cierro los ojos, un mar arrugado como un dril,  
espléndido como una caricia, humedece mis párpados  
y juega a hacerme suya en no sé qué abismo arenoso.  
Estoy triste y sola, mi amor.

El tiempo que se llenaba de mi perfume no ha vuelto  
y mi pensamiento anda perdido,  
como los días en que fui feliz y me amabas  
y corríamos como animalitos enmelotados  
por la amistad de un sol, que coloreaba sin afán  
el papel de las praderas, y el oro de mi cuerpo valía.  
Nada queda ahora de esta fábula,  
de la tersura de mis manos,  
del misterio de mi rostro capaz de hacer grande la vida,  
inolvidable la fuerza del instante, bello y deseable existir.  
El tiempo ha pasado y, en la cómoda,  
la ropa se deshace.

Ya nada queda, mi amor, ya nada queda,  
y la amargura retiene de un color imposible mi casa,

y no quiero, aún no quiero, que mi queja  
se la robe el viento.

Oh, querido, ¿quién es aquél que nos da las cosas  
y, luego, nos despoja de ellas sin ninguna misericordia?

¿A dónde fue a perderse mi belleza, mi dulce vida?

Hay viento afuera y temo resfriarme.

Sólo deseaba escribirte unas palabras

y decirte, amor mío,

qué fatigada me siento en estas verdes

y despiadadas regiones donde ya no estás tú.

RITA HAYWORTH  
(DE PASO POR BOGOTÁ)

De repente el avión disminuye la velocidad  
y comienza a sobrevolar la sabana, los campos cultivados,  
los techos de las casas.

Una lluvia menuda golpea el cristal de la ventanilla  
y yo veo, allá a lo lejos, carcomida por una luz gris,  
borrosa, a la ciudad.

Nunca oí hablar de Bogotá y casi sentí miedo de venir,  
de hallarme de repente en un lugar extraño,  
trivialmente incivilizado, enfrentada a mí misma.

Hoy estoy llena de ansiedad y presentimientos,  
y las pastas en lugar de darme un respiro,  
un poco de sosiego, han alterado por completo mis nervios.

A ratos, para distraerme,  
cuando el avión ha volado entre las nubes,  
he echado un vistazo a los periódicos  
y a los titulares con que se anuncia mi visita,  
mi estadía por unas horas en la ciudad,  
ahora cuando quisiera que nadie me viera  
o me recordara.

Nunca debí venir.

Y ahora es tarde, y mientras el avión desciende,  
un pequeño río, el ganado espantado, pasan abajo  
[vertiginosamente.

Allí, abajo, en las salas del aeropuerto,  
aguardarán los periodistas con las mismas preguntas  
estúpidas de siempre.

Allí, abajo, mientras me apresuro por largos corredores,  
tratando de escapar a la curiosidad de la gente,  
vuelta mi propia enemiga,  
volveré a sentirme vieja y desdichada.

Allí abajo, allí abajo, la vida es otra cosa.

Al verme, pensarán en los años que tengo  
y sonreirán burlonamente,  
y se encenderán los flashes,  
y mis ojos, mi piel ajada, mis labios que tiemblan  
se fijarán para siempre.

Nunca debí venir a Bogotá,  
a esta ciudad opresiva donde tanto bárbaro  
se sentirá con derecho a todo,  
a asediarme como a una imbécil perdida en el corazón de la  
[selva.

Nunca debí venir.

Pero ahora es tarde, siempre es tarde.

## ANITA ECKBERG

En Roma, eso ahora lo comprendes, el verano se convierte  
[rápidamente en olvido,  
en hojas secas, en una sensación dolorosa.  
Las aves ya no chillan o chillan de manera distinta en las  
[canoas de los viejos palacios,  
y en las calles otra luz desmorona el oro de la vida.  
Las cosas (tus cosas) parecen diluirse  
en un sueño confuso,  
y la desdicha llega a casa y se instala  
como un viejo amante.  
Sientes que esto es nuevo en ti,  
un mensaje apenas recibido, una derrota.  
En las afueras del Coliseo,  
los escasos turistas rezagados hormigean,  
y las terrazas de los cafés están vacías,  
y las limosinas de las condesas  
y los ricos norteamericanos  
ya no abochornan el tráfico romano.  
La ciudad también, como tú, ha perdido algo,  
su juventud, su fuego, su íntimo regocijo,  
y sobre la fachada de las edificaciones,  
de los palacios restaurados,  
la humedad, el tiempo que pasa y no vuelve,  
ensaya un nuevo color,  
cubre de moho y silencio el vasto material de los días.  
Pero Roma es eterna,  
y tu dolor, apenas una sensación nueva,  
una primera derrota.  
Tu dolor para el cual, ya lo sabes, no existe bálsamo  
o sabiduría alguna que lo alivie.

## MAUREEN O'SULLIVAN

Desde la mañana, el fuego frío de la depresión  
me acompaña  
y me da a oler sus algodones dolorosos,  
su frasquito de perfume.  
Siento que los párpados me pesan,  
y yo sólo desearía pasar las horas durmiendo,  
perdida en otras aguas más profundas y vagas,  
grises como el olvido.  
Esta mañana la criada brasileña vino  
y abrió las ventanas del cuarto  
y quiso que yo me moviera y tomara un baño  
de agua tibia.  
Afuera, en el patio, donde el invierno se llevó el color de las  
[enredaderas  
y cubrió de hojas podridas y plumas de pájaro el agua de la  
[fuente,  
había una luz blanca, opresiva.  
Era la luz de mi propio, íntimo invierno,  
mi canción a solas.  
Así se lo dije a la criada,  
que suavemente me tomó y me ayudó a vestir  
como a una insana,  
y, luego, quiso reprocharme en su idioma vivo y hermoso.  
Después me trajo una taza de café y una revista.  
En la ventana, barridas por el viento, golpea una hoja y otra,  
y otra más.  
El día pasa.  
Nada tiene sentido.

## ELENCO DE ACTORES Y ACTRICES DE LA PARAMOUNT, 1959

Somos de la estirpe de las Circe, Penélope, Helena y Odiseo, que los antiguos veneraron. Al igual que ellos, poseemos un nombre bello y una vida legendaria, y no hay mortal que a la hora del solaz no sueñe con tenernos entre sus brazos. Hacemos parte del libro de la vida y nuestro papel consiste en mantener la ilusión para que no falte. Somos, en cierta forma, el precio convenido por las horas duras. Nausícaas, Calipsos, Odiseos, así se olvide, somos el fuego que derrite la escoria y cambia en hermoso sueño el tedio de la vida.

ABSORTO ESCUCHANDO  
EL CERCAÑO CANTO DE SIRENAS

1985



He ahí de nuevo el globo de la luna que desfallece  
sobre nuestros nerviosismos y tensiones.  
Es hora, digo, de carraspear unas cuantas palabras  
y tratar de devolverle  
una pizca de realidad a nuestros sueños,  
a nuestros justos anhelos.  
Ambos hemos hecho mérito para ello  
y esto nos enaltece,  
nos hace casi dignos.  
Además está la noche, esa luna incesante y ciega  
que nada agota;  
está el instante que pasa ampliando toda derrota,  
enfriando aún más nuestra poca y desolada ceniza;  
está el paraíso de nuestras dichas y placeres que de nada sirve.  
Tal vez, digo, es hora de sacar el lomo  
como ballenas en el mar,  
y dejar que se pierda la estela espumosa  
de todo rumbo.  
Tal vez es hora de sacudirnos de encima suciedades  
y sargazos, todo tipo de salvación.  
Tal vez es tiempo de sentir un poco de piedad  
el uno por el otro.  
Pero estas palabras, seguro, no son sabias  
ni tampoco convenientes.  
Estas palabras que deberían servir mejor  
a la bella tristeza de tu rostro.

No te culpes, no hagas un paraíso de tus miserias  
y faltas,  
no exijas de tus nervios cansados el halo de una verdad,  
ni reclames el súbito sosiego de una visión.  
No reclames de ti más allá de lo que puedas dar,  
y trata de entender, por favor, que al mundo  
lo tienes sin cuidado.  
No te engañes ni engañes,  
no forcejees ni hagas del mañana una oportunidad,  
ni planees para ti equilibrio y razón,  
buena sombra siempre.  
Haz caso de esa luna imaginaria  
que te persigue y obsesiona,  
amalgama rocas y soledad,  
y platea el canto ciego de tus fantasmas.  
Cualquier día es un comienzo, cualquier hora  
la convenida.  
Sin prisas, como un buzo tanteando  
aguas perdidas en el mar.  
Sin espanto pero con la gracia pasajera  
de quien nunca sabe para dónde va.

## 8

Hazte cargo de esa voz que en ti,  
como la sombra de un ausente que acompaña,  
reclama ya lo suyo.  
Súmala a la deshecha costumbre de tus vacíos  
y esperanzas,  
Concédele al menos un instante de reposo y memoria,  
acógela.

Es tu voz más antigua,  
el golpe del viento sobre las claridades de un primer día,  
la palabra olvidada a causa de toda desdicha.

Que ella, como un mal amor, gobierne tu vida.

Déjala que hable y calla.

Su hora pide ya una forma a la luna y sus fantasmas.

## 9

Las cosas que cambian, te cambian.  
Las cosas que te cambian, no son las mismas.  
Tampoco eres el mismo respecto a las cosas que cambian.

Valiéndose de una y mil transformaciones,  
acuñando una y mil verdades, la vida arma  
su fuga hacia un mañana sin forma.

Esta es la herida de la que no curamos.  
Este es el sueño del cual nunca más volvemos.

Estos gestos, estas maneras, estas fáciles alegrías,  
no son propias ni de ti ni de mí.  
Después de años y años,  
creo que es tiempo de aceptar las cosas como son,  
sin cantos ni engaños, sin mucho alarde.  
La ilusión ya pasó con su rostro de novia,  
y no existe otro fuego en qué arder,  
no existen otras aguas  
en qué hundir los nervios lastimados.  
Esto por supuesto es una ventaja,  
un mérito difícil de alcanzar.  
La mugre chorrea en los baldosines del baño  
y, afuera, como un adorno, crece el remedio de la luna.  
No digas nada:  
que el mal sueño nos mantenga atados  
al pie de su negra bondad.

No es una tarea fácil  
ésta de tomarse día a día y darse forma  
y ordenar un sentido a todo  
y parecer natural y también convincente  
y alzarse levantar el vuelo hacia otra región más alta  
como si fuera poco como si fuera nada  
cargar con quien aquí muy dentro  
y con las mismas fuerzas las mismas palabras  
argumenta contradice echa a pique  
una a una verdades sueños  
que uno levanta día a día luchando  
aferrándose hasta sangrar  
a fin de cumplir con algo en la vida  
a fin de alcanzar  
lo que nunca en verdad se te ha pedido.

LA DÁVIDA

1991



# 1

La vio desnudarse  
y luego sentarse en frente del espejo  
había adelgazado en las últimas  
semanas  
y de nuevo su cuerpo volvía a ser  
el de antes  
más rotundo y bello quizá  
quizá más sensual  
ahora que estaba cerca de los 40  
y un íntimo fulgor irradiaba en ella  
ahora que todo empezaba a llevarse  
cada instante fugaz

### 3

En lo banal la verdad construye  
su gran frase  
En el trivial asunto de siempre  
una divinidad se ofrece  
La estela de humo que el avión deja al pasar  
constituye también materia de iluminación  
La gastada fábula  
de cada día  
el relamido fuego de tus besos  
la canción que aprendemos para olvidar  
apenas son formas  
reunida melodía de lo que no puede  
decirse de otro modo  
Propio es de la vida  
que ella cante y calle a la vez



# 10

Nos esforzamos pero cada día nos deja  
con las manos vacías  
Lo que no más ayer nos ofrecía un sentido  
hoy lo perdemos  
Si una vez vino el amor ¿quién sabe  
cuándo regresa?  
Diario es el combate en que  
invariablemente somos vencidos  
Nuestro cuerpo tasajeado es el propio trofeo  
Nuestra escudilla vacía  
Y en la tribuna no se da aún la señal  
de perdón Y a nadie más parece interesar  
el espectáculo

Es el amor el que pone espinas a tu  
 silueta de viajero a la madrugada  
 un quinqué por todo equipaje un paisaje  
 para decir adiós

Guiándote vas por la luna  
 de los últimos besos  
 tu cabeza de nuez alta sobre los muros  
 la solapa levantada como si creyeras  
 en el invierno

No es justo que sea así  
 Que el amor nos sacie y luego nos pida  
 volver

que la pluma recogida devenga en soga  
 No es propio que al corazón lo aprisione  
 ¡No chistes! ¡No digas nada!

una garra

Por una vez que vuelvas no importa  
 O sí importa  
 De tu figura enchaquetada  
 en el vano de la puerta  
 depende que se torne bello el ojo de la  
 amada

## LA DÁDIVA

Como todos, quiso conocer el viejo templo musulmán, gloria de tiempos pasados, y que la historia y el poder de un dios distinto había relegado y casi convertido en un muladar, en un mero recurso turístico. Era una mañana de otoño, tibia como un vino, y un grupo de ancianos tomaba el sol en el patio de entrada donde se sentía el olor a azahar de los naranjos centenarios. Venía de Granada, de asombrarse ante otras maravillas, y casi lo contrarió el aspecto de abandono y olvido que mostraba la Mezquita. Nada más una cosa que amenaza ruina, pensó, pero tan pronto traspuso el umbral y ante él, como una visión para la cual no estaba preparado, se abrió el interior del templo con sus mil y una columnas y su número infinito de arcos y naves, y se dio cuenta que allí todos los lugares eran uno y ninguno, se sintió perplejo y perdido, como quien no despierta de un sueño. Cada punto podía ser el comienzo o el fin y, cada columna, trabajada como una joya, el aspecto inusitado de una idea maravillosa de Dios. De un Dios, cierto, lo comprobaba a cada paso, cada que se detenía a mirar un detalle cualquiera de tan espléndida arquitectura, que no tenía rostro ni se servía de imagen alguna, y que más bien, para mostrarse, acudía a una perfecta matemática, a una serena abstracción. Un Dios, en fin, riguroso en sus atributos y que, ahora, cuando su gloria había pasado y su recinto, colmado por una claridad desolada, tenía un aire de casa deshabitada, de cosa arrumada por el tiempo, no era más que un dios olvidado.

Se sintió entonces conmovido y, como un peregrino llegado de muy lejos, quiso postrarse y orar a este dios sin nombre. En el Mirhab, mientras los flashes de las cámaras iluminaban impacientemente los mosaicos y ornamentos, y el santuario mostraba su bizantina hermosura, su decaído esplendor, cayó en cuenta de que no hay un dios mayor que el Tiempo y que sólo a él servimos. Entendió, entonces, que era nadie y se sintió humilde y, como si una gracia lo hubiera alcanzado, quizás digno de la vida. La emoción, que aún llenaba de lágrimas sus ojos, lo obligó a quedarse un rato más.

Cuando salió, lo esperaba el día.

LO QUE TRAE EL DÍA

2000



## ELEVACIÓN

Templo tuyo son mis palabras, Poesía.  
Rapto y visiones cruzan  
el recinto de mi verbo rústico  
y enjayan su piedra basta.

Vuelven salmo su rapsodia oscura.

Y aquí y allá se encienden cirios,  
que arrinconan la tiniebla,  
y cuidan de su lengua luminosa.

Y quien viste tu ornamento,  
sube al altar y oye,  
dicha para los hombres,  
la voz que lo transfigura.

Y lo que a mí redime,  
a los demás también eleva.

## ÓBOLO

Ni solo, ni huérfano, ni desamparado,  
puedo sentirme.

No puedo decir que algo me falta  
o me sume en la derrota.

Tampoco llamar a la tristeza  
para que haga los oficios de la casa.

Ni puedo alegar razones  
porque el mundo no es como lo creo.

No, no puedo, con tanta queja,  
convertirme en el ciego  
que palpa y maldice  
la moneda de oro que se le ha dado.

## EL DON

Ningún lugar mejor  
que la ciudad para  
pensar en ciervos  
y bosques,

para hacer del momento  
una pura ensoñación,

la vida que queremos  
y no existe,  
o existe en otra parte.

Venados, osos, perros,  
montes y lagos,  
y en el camino que traza  
el candil  
de una luna de hielo,  
un hombre  
con la pieza de caza  
a cuestas.

Por un instante  
soy aquél  
que, primitivo,  
se libra al destino  
de un mundo naciente y áureo.  
Y pacta acuerdos  
con la ruda Ley  
que le ofrece por sueño  
la vida.

La vida salvaje y bella,  
donde copular, cazar, pescar,  
cambiar con el tiempo nómada,  
es suficiente,  
y donde no cabe  
ilusión distinta  
a la labor de cada día,  
y el sueño es el simple  
descanso,

el dios que vela tus fatigas.

Y vivir, el don.

LA VISITA QUE NO PASÓ DEL JARDÍN

2002



## COMPOSICIÓN

Las usuales cosas de siempre.

Nadie daría una moneda por ellas.

Su brillo de latón  
ahogado en el trivial  
episodio de cada día.

El beso que hoy sumamos  
al beso de ayer.

Su inhumano porvenir.

La loza que se acumula  
en el fregadero.

El rosal  
que cunde en el jardín  
opaco.

Nadie hablaría aquí  
de salvación.

Y sin embargo  
son ellas,  
las usuales cosas,

el beso, el fregadero,  
el jardín,

los sueños  
que apenas te llevan

a alguna parte,

las que  
en su destello,  
en su paciente desventura,

elevan al cielo  
el coro

que hace volver la cabeza  
a los mismos ángeles.

## CRUCE

En el cuarto,  
un rayo de sol  
que oreó el invierno.

Un óbolo que destelló  
en la ventana,  
iluminó la pared

y sacó al día  
de su encierro.

¿Ínfimo suceso?

¿O el paso de una deidad  
que enseguida  
avivó el alma?

Su rastro cuarteó el piso,  
su pie divino.

Y ya no quedó sino  
hablar de su realeza.

## LUGAR COMÚN

Si les dijeran  
que todo aquello es amor,  
lo negarían.

Viven un hechizo y no se dan cuenta.

Pero él se desespera si no la ve,  
y ella acude en su busca  
si no lo encuentra.

Sentados en el bar,  
podrían pasar la vida entera.

Dos que no saben  
que son uno,

y que para reunirlos  
se movió de su sitio  
el universo mismo.

Y hablan y hablan

(de todo y nada en apariencia),

sin saber  
que es del amor que hablan.

## SEDUCCIÓN

Y todo aquello,  
los besos, los abrazos,  
el delicado aroma  
que te distinguía entre las otras,

si poco o nada significaron  
¿por qué presta ahora  
su emoción a estos versos?

No era una suerte común  
la que nos esperaba,

de hecho una vez pasó  
aquella tarde amorosa,

cada cual tomó por su lado  
y fue al encuentro  
de su verdadero amor.

¿Su verdadero amor?

Dejamos de avistarnos.

Después llegó el olvido  
(que vence siempre  
en su lucha  
por atarnos a otras cosas),

hasta hoy  
cuando la realidad del poema  
me devuelve  
a la ilusión de tus brazos.

## ACECHANZA

El portón de vidrio esmerilado.

Del otro lado  
alguien aguarda.

¿Quién?

El vidrio lo deforma,

como si aún  
no tuviera  
una existencia verdadera.

¿Acechanzas  
de un mundo opaco?

Soy pequeño,  
no me atrevo a preguntar  
¿quién está ahí?

La figura se extingue,  
vuelve y renace,

comienza  
a impacientarse.

Aunque es mediodía,

¿cómo abrir la puerta  
a formas  
que vienen  
de otro lado?

Soy pequeño,  
y cuido que el horror  
no entre en casa.

## EL LUGAR VACÍO

La mesa, los utensilios,  
el mantel blanco,  
como en un día de cumpleaños.

En un rincón,  
el jarrón repleto de color.

En el perchero,  
el sombrero negro de mi padre.

De estar él aquí,  
ninguno permanecería tan silencioso.

Dijo que volvería,  
y no volvió.

En su ausencia,  
las cosas se volvieron  
de su tamaño,

evitaron hacerse ajenas.

Es el tiempo de los muertos  
el que ahora ahonda  
el tiempo de los vivos.

¿Quién puede evitar mirar  
el lugar que falta  
en la mesa servida?

El sombrero negro,  
el reloj pulsera, la pluma.

Álbum de dolor.

Dijo que volvería.

Hundo la cara  
en la luna blanca  
para que así acontezca.

## ESPEJO

El espejo empañado  
en la habitación a oscuras.

Las cortinas cerradas,  
los muebles cubiertos,

los bellos días muertos  
y acumulados.

Podría abrir la ventana  
y permitir  
que la luz entre a chorros,

dejar que vivifique  
aquel pasado.

La vi desnudarse  
frente al espejo,

como brotes  
sus pezones rosados,

los hombros esbeltos,  
las caderas firmes.

En el espejo  
su mirada se cruzaba  
con la mía.

Por momentos así  
vale vivir la vida.

Eso dije.

Luego pasó el tiempo,

el odioso tiempo  
que todo lo deshace,

y sobre esta escena,  
inmisericorde,  
colocó otras,

que poco o nada  
significan ahora.

## IRRUPCIÓN

¿Y ese alboroto a estas horas  
de la noche?

Ríen, parlotean,  
hacen tintinear las copas.

Vienen de otra parte  
a proseguir aquí la fiesta.

Desde mi cuarto  
les oigo su charla insulsa:

chicas que  
se divierten como viejas amigas.

Y como desean bailar  
elevan el volumen a la música.

¡El acabóse!

No les preocupa  
que en casa el dueño duerma,

ni que sobre el vecindario  
la luna todavía fantasmée.

Se irán como han venido,

pero mientras tanto

bailarán, charlarán,  
pondrán la casa patas arriba,

ellas, las Musas  
en las que el poeta menor descrece.

## URNA

Si muriera hoy,  
¿qué diría de la vida?

Casi he llegado  
a ese punto  
en que todo parece  
un juego vano.

Casi.

¿Se reduciría  
mi pequeño enigma  
tan sólo  
a un puñado de ceniza  
arrojado luego  
a aguas tibias y fraternales?

Que no quede nada,  
no significa

que nada haya sido.

Hubo  
días que no olvidas  
porque brilló perenne  
una verdad en ellos;

canciones  
que no tendrían sentido  
si no las hubieras  
escuchado  
de boca misma del amor;

lides cuya recompensa  
era el tocado  
de la luna;

puertas  
que la mano  
inexplicable de Dios abrió.

Y hubo también el dolor.

El necesario  
como para creer  
que un puñado de polvo

sea suficiente  
para resumir la vida.

COMO EN TIERRA SALVAJE,  
UN VASO GRIEGO

2008



## DESPERTAR

Cada mañana, mientras el corrillo de esclavas  
lo baña y unge,  
el joven faraón narra a los sacerdotes sus sueños.

Son los consejeros los que insisten  
en que, en su tejido y simbolismo,  
(mejor que en la caparazón de una tortuga)  
puede leerse el destino de la nación

—un destino grandioso por supuesto.

En la alberca la voz todavía aniñada del joven dios  
se mezcla a las risas y aspavientos de las muchachas,  
que no parecen caer en cuenta  
de la importancia del momento.

Son jóvenes y traviosos (la vida les es leve),

y los ancianos deben guardar paciencia,  
porque nadie puede contrariar a su Señor.

No es la primera vez que la labor se dificulta.

¿Cómo impedir que las carreras, los juegos de manos,  
los pellizcos y caricias, no le hagan olvidar al faraón  
sus responsabilidades?

Si se concentrara en lo suyo,  
algo sacarían, pero el mozalbete  
está en su despertar sexual  
y prefiere los cariños a las razones de estado.

¿Habrá que acudir, entonces, a las entrañas de animal  
para adivinar qué destino aguarda a Egipto?

Los magos dicen que una bestia sacrificada  
nunca dará tanta seguridad como los sueños de un dios.

Son cosas de la edad, ya pasará, se resignan.

Han de esperar, pues, a que el Faraón se canse  
de las travesuras  
(censurables por olvidarse de su condición divina),  
y revele al fin sus sueños,

sueños que todavía poco o nada muestran  
de particular  
–cuchichean los ancianos–  
al menos en aquello que ellos ya conocen.

## INCONFORMIDAD

Al amanecer el cielo es azul como el baldosín  
y las columnas del palacio,  
pero no tardará, bajo el sofoco de las horas,  
en tornarse del color de la arena.

Desde su alcoba,  
el faraón observa al curvo y cenagoso Nilo,  
y lo compara con el abrazo posesivo de su esposa.

Su esposa, grácil y arisca como un ave,  
para quien la noche no es suficiente,

ni suficientes las promesas y caricias,  
ni la incandescencia amorosa de su consorte.

Hoy, olvidando que el faraón se debe también  
a otras tareas,  
persiste en su deseo de tenerlo cerca  
y no permitirle abandonar la alcoba.

En la intimidad, la pareja real se comporta  
como una pareja común,

comunes y desbocados son los reclamos de ella,  
tiernas y sonreídas las respuestas de él.

Se aman y, así descrean de ello, es el amor  
(no los oficios de los futuros embalsamadores)  
lo que los hará inmortales.

El carácter de su pequeña  
(desposada para pactar la alianza

entre el país del norte y el país del sur),  
es salvaje y juguetón,

y al faraón le gusta compararla con una pantera nubia,  
que un día terminará despedazándolo de un manotazo

(así, entre beso y beso, se lo susurra al oído)

si antes no lo hace él —algo que nunca sucederá—,  
con el arbitrio de su poder divino.

Para ver aquel cielo del amanecer,  
el faraón ha abandonado el lecho  
y se ha asomado a la ventana.

Mientras tanto, mohína, inconforme, la amada muchacha  
se recoge el pelo y se hace una trenza.

Pronto el color del cielo será el del pantanoso Nilo.  
Un color reverberante y sin fin, de aldea perdida.

Y, otra vez, ardiente, como el abrazo de su esposa,  
será el día.

## HELENA

De Príamo o Héctor,  
jamás escuché una palabra de reproche,  
pese a que por mi culpa Troya está en guerra  
y corre el riesgo de su destrucción.

Hoy me asomé a las murallas  
y vi al ejército aqueo,  
azuzado por quién sabe qué dios vengativo,  
arrimarse hasta las puertas de la ciudad.

Y, para mi mal, ¡ay de mí, puta!,  
entre los hombres que pelean y la defienden,  
no hallé a Paris, mi marido,  
cobarde como ninguno,  
que poco conoce del honor.

Quién sabe en qué alcoba o prostíbulo  
estaría de visita, mientras abajo en la llanura,  
su hermano Héctor arriesga la vida  
intentando torcer el nefando destino  
a que su liviano proceder nos condenó.

Por eso no dejo de maldecir el día en que lo conocí,  
y en que, víctima de la intriga divina,  
abandoné patria y familia.

¡Nunca el amor aconsejó de peor manera!

Desde la muralla, junto a las demás mujeres  
que gritan y animan a los troyanos  
a no ceder en el combate,  
dividida el alma, rogué también ¡ay perra!  
por Menelao, mi burlado esposo,  
quien hasta estas tierras lejanas, con cien naves,  
ha venido a reclamar lo suyo.

## ODISEO

Su regreso a Ítaca nunca sucedió,  
todo fue un sueño.

Un sueño Escila y Caribdis, los lestrigones, el cíclope.  
Un sueño el abrazo lisonjero de Circe.

Telémaco nunca fue en su busca,  
ni Penélope envejeció esperándolo.  
Herido de muerte por una flecha troyana,  
Odiseo da en imaginar  
que los Aqueos ganan la batalla,  
y que si la vuelta a la patria  
se retrasa, es por voluntad de los dioses  
que le cubren el camino de dificultades.  
En su delirio, ignora que nada  
de lo que sucede es real,  
y que aquellas aventuras que imagina,  
dignas de un verdadero héroe,  
son meras fantasías de un mortal común:

un astuto consejero del rey Agamenón,  
que agoniza a las puertas de la ciudad.

Al atardecer recogen su cuerpo en una carreta  
y, junto a los cientos de cadáveres  
que apestan el lugar,  
lo echan en una gran pira.

## ODISEA, CANTO IV

Cuando Telémaco viajó a Esparta  
para indagar acerca de la suerte de su padre  
–del cual pasaban los años sin noticia alguna–,  
Helena y Menelao lo acogieron en su casa.  
El episodio, uno más entre tantos otros de *La Odisea*,  
es el único en el cual Homero alude  
a la mujer cuya belleza causó una guerra.  
Sin embargo, nada dice acerca de su aspecto,  
ahora que Helena es una mujer otoñal,  
y si pudo evitar el estrago de los años.  
Homero calla, no sabemos si por piedad  
o porque es vano, cosa inútil,  
desmentir la leyenda.  
Si Helena produjo la envidia de Afrodita,  
¿para qué detenerse ahora en detalles  
y relatar esa suerte común a todos los mortales?  
Cuidar del destello olímpico,  
conservar encendido lo perenne,  
es tarea del aeda.  
Supongamos que Homero, al callar,  
así quiso dejárnoslo dicho.

## NAUSÍCAA, PRINCESA

Temprano, en compañía de sus sirvientas,  
Nausícaa sale de palacio y toma el camino del río.  
Es un día veraniego. Pronto siente  
que aquella hermosa luz insular  
inquieta también sus carnes y sobresalta su mente.

Nausícaa ya no es una niña,  
sus senos y caderas se han redondeado,  
y otros son sus deseos ahora, otros sus anhelos,  
otro el ardor con que despierta cada mañana.

Ahora tiene pensamientos que una muchacha  
no se atrevería a confesar. Palabras que no podría decir  
sin ruborizarse, sin sentir pena,

pero que son su deleite.

Un sueño le ha anticipado que hasta allí,  
hasta aquella lejana isla,  
un día llegará el varón que la hará su mujer.

Y esto la tiene perturbada.

Hoy, como es costumbre, lavará la ropa en el río  
y jugará a la pelota con sus esclavas.

Y, por una casualidad,  
entre los matorrales de la playa,  
descubrirá al náufrago  
que hace poco el mar ha arrojado allí  
como una cosa más.

## ODISEA, CANTO VI

«¡Ojalá que así fuera el varón a quien llame  
mi esposo que viniendo al país le agradase  
y quedase por siempre!»

HOMERO

*La Odisea, canto VI.*

Ulises, fingiendo ser otro,  
un náufrago del mar inhóspito,  
es invitado al palacio del rey Alcínoo  
donde una noche,  
relatadas por el poeta ciego Demódoco,  
escucha sus disputas con Aquiles  
y los tropiezos y desgracias que  
la enemistad de Poseidón  
le ha ocasionado a su regreso de Troya.  
Conmovido, Ulises llora,  
porque sabe que son los dioses  
los que pierden a los hombres,  
y porque sus males están lejos de que terminen.  
Para aumentar su inquietud,  
está Nausícaa, la hija adolescente del rey,  
—comparable en hermosura a la palma  
que da sombra al templo de Apolo en Delfos—,  
insinuándose y trastornándolo hasta el punto  
de hacerle olvidar que, allende los mares,  
lo esperan Ítaca y su mujer Penélope.  
Pero él, ¿cómo mentirse?,  
es ya un hombre viejo,  
y un mínimo de decoro lo obliga  
a no andar por ahí enamorando chiquillas.

El decoro y, ¿por qué no?,  
el amargo y triste mandamiento  
de que a sus años  
–cuando la vida lo es todo,  
menos una promesa–,  
hay cosas que ya no pueden ser.

Y ese amor tardío es una de ellas.

## UN SACERDOTE DE QUETZALCÓATL

Esta mañana, como tantas otras veces,  
ha desfilado con la comitiva de su Señor  
y, desde el palco, ha asistido a las ceremonias  
y las danzas guerreras  
y ha advertido que este año los penachos  
son aún más suntuosos  
y más festivos los cantos de las gentes.

Su corazón, sin embargo, estaba en otra parte.

¿Qué hubiera respondido a su Señor  
si éste, entusiasmado con el espectáculo,  
le hubiera pedido consejo acerca de a quién obsequiar  
el cuchillo de jade y piedras preciosas  
—emblema imperial—,  
entre el grupo de bailarines?

Una respuesta impensada hubiera despertado  
las suspicacias de su Señor,  
y él, uno de los Sacerdotes,  
un miembro prestante de la comitiva,  
tiene que cuidarse,

no puede olvidar que los asuntos terrenales  
(que copan cada vez más su tiempo),  
hacen parte también de su ministerio.

Por ellos, ¿cómo desconocerlo?,  
ha perdido la visión interior del dios,  
su entrevista luminosidad.

Desde que su Señor, como una gracia real,

lo designó para integrar la comitiva,  
tuvo que renunciar al indispensable recogimiento,  
sin el cual el corazón se empobrece,  
se vuelve un fruto seco.

Lo suyo, sobra decirlo, es la meditación, la plegaria,

y su Señor se equivoca cuando envía por él a la celda  
para que lo acompañe.

Si es un reconocimiento lo que quiere hacerle,  
en lugar de los pabellones y certámenes públicos,  
su Señor debería olvidarse  
del siervo más humilde de Quetzalcóatl  
y permitirle el correcto cumplimiento de su sacerdocio.

## OFICIO

Ahora que conoce los secretos de su oficio,  
lugares como Patmos o Estambul,  
o la misma Éfeso,  
serían perfectos para  
darle a sus versos el acento que les hace falta.

Sitios donde bulla la historia  
y en el vocinglerío vespertino  
todavía resuena aquello  
que de lo humano merezca oírse.

Allí,  
donde la piedra guarde aún la forma  
desnarigada de algún dios ido,

o perviva su destello en el tazón casero.

Ir allí y aplicarse al verso,

a pulirlo como un vaso antiguo.

## OFICIO 2

Volver una y otra vez sobre lo escrito,  
qué duro oficio.

Un verso, un tono, una palabra,  
el sentido de una estrofa,  
algo hace falta allí,

algo que dispute una razón  
al vano esfuerzo de vivir.

Y el trabajo se torna un imposible.

¿Cómo darle forma  
a lo que allí se rehúye sin cesar?

¿De qué modo conseguir que tanta labor  
lleve a alguna parte?

El oficio no es suficiente.

Indecible es lo que el poema acuña  
por fuera de su balanza.

Pero un día, el menos esperado,  
el talismán perdido aparece,

y la palabra, el giro, el acento  
que hacía falta, llega

y, una vez más,

la música que oyes, te salva.

## MANDAMIENTO

Hoy, de nuevo,  
el largo ceremonial lo espera.

Hoy, como cada día,  
desde hace cincuenta años,  
tendrá que acercarse al templo  
y, frente al altar,  
entre plegarias y sahumerios,  
pedir el beneficio divino.

Cincuenta años son muchos años,  
y ya se siente cansado.

Por él, se quedaría en casa,  
entre sedas y almohadones  
aprovechando la fría mañana.

(Tantos años le han permitido conocer  
lo que el corazón del hombre guarda.

Ambición, violencia, locura,  
no es otra cosa lo que allí anida;

allí,  
donde sólo debía llamear la ensoñación divina).

Y –como un actor que reniega de su arte–, duda si valdrá la  
[pena  
vestir otra vez los hábitos  
y cumplir el ostentoso rito  
que, la verdad,  
ni a dioses y hombres importa ya mucho.

Por él, se quedaría en casa.

Pero algo en su interior,  
un mandamiento que no puede evitar,  
le dicta que precisamente hoy,  
por más pesado que se le haga el trajín,  
no ha de faltar a sus obligaciones.

Y, otra vez,  
no importa que el día esté ventoso y frío,  
el sumo sacerdote deja a un lado sus dudas,  
se acerca al templo  
y cumple el largo ceremonial.

## 28. X. 1910

Tal como se ha planeado,  
la hija vendrá a la madrugada para ayudarlo  
a escapar de casa. Tolstoi tiene 82 años,  
su salud es frágil.  
En el patio, traído de manera subrepticia,  
aguarda el cabriolé con lo necesario para el viaje.  
En el dormitorio principal,  
sin sospecharlo, duerme Sofía,  
la esposa desdichada.  
A esa edad, con la nieve ahogando los caminos,  
huir es la peor estupidez  
que se le puede ocurrir,  
pero al santón no le queda otra salida.  
Los celos, el desamor y el desquicio doméstico,  
son los demonios que ahora gobiernan su casa  
y no le dejan vivir la vida que realmente quiere.  
Antes de meter sus diarios en la maleta de mano,  
los abre para hacer una última anotación.  
Tiene que ver con el momento que vive,  
con el adiós a Sofía, su esposa al fin y al cabo  
durante tantos años,  
y a quien amó alguna vez con ternura y pasión.  
Sus primeras palabras son de ira y reclamo;  
de pronto, al observar la letra nerviosa y apeñuscada,  
difícil de leer incluso para él,  
cae en cuenta de la ruda labor  
que debió suponer para su mujer desentrañarla  
y, sin descuidar la crianza de los hijos  
ni el provecho de la finca,  
—puesta en riesgo siempre por sus derroches—,  
ponerse en la tarea de pasar en limpio  
¡cuantas veces fuera necesario! sus apretados manuscritos.

¡Ay, Sofía! ¡Su pobre y descontrolada Sofía!  
¿Cómo olvidar además los trece hijos tenidos  
y a la muerte convertida  
en el huésped más fiel de la casa?  
Sería raro que a estas alturas a su mujer  
las fuerzas no le faltaran,  
ni que viviera, como vive, al borde del colapso.  
Aunque de ella ahora huya  
y malgaste lo que le resta en una aventura  
sin esperanza,  
—olvidando acaso que el invierno ruso  
es peor aún que cualquier mujer malgeniada y recelosa—,  
Tolstoi cierra el cuaderno y, contra su costumbre,  
no hace ninguna anotación.

## BÁRBAROS

Nuestras razones no les importan  
y las tuyas las desconocen.

O poco les vale tener alguna.

Y si comparten nuestra vida  
es porque buscan destruirla.  
Y nada nos salvará de tan cegado propósito.

Con sus mañas y ardidés  
han logrado penetrar hasta lo hondo  
de nuestras instituciones,  
y en pasillos y plazas ya se escucha  
el gong inflamado de su lengua rústica.

Un día nefando para la nación  
fue aquél en que embridaron sus bestias  
y se echaron en nuestra busca.

De nada valió oponerse,  
su furia pasó por alto nuestras educadas  
maneras  
y socavó con gruñidos desafiantes  
la verdad de nuestros discursos.

Nada podíamos aprender de ellos  
que no fuera mezquino y triste.

Muy pronto,  
sus ultrajes y crímenes llegaron al punto  
en que todo perdió sentido,

daba igual una cosa que otra,  
un destino que otro.

Habían cumplido su cometido.

## PUGNA

La tentación está ahí,  
«déjalo para mañana», dice una voz,  
«escribir, no siempre se puede escribir».  
Y aunque temes entrar en familiaridades  
con tu demonio,  
levantas las orejas.

«No vale la pena que gastes tu vida  
escribiendo versos que nadie va a leer.  
Si hay un oficio inútil, es éste.  
En lugar de estar estrujándote los sesos,  
vete a un sauna, el placer llama».

Y la voz engañosa  
se torna derroche musical.

«¿Por qué no darte el día de asueto?  
Caprichosas son las musas,  
difícil su trato,  
de ser tú evitaría caer en el juego malicioso.  
Mira a los demás, qué modo fácil de llevar  
la vida.  
Es hora, pues, de tirar la pluma».

Entonces en mi interior suenan las alarmas,  
la piel se eriza,  
y de allá en lo hondo,  
donde los lobos cuidan el legado,  
salta el ángel luminoso y comienza la contienda.

Demonios, ángeles y lobos,  
en gracia de tanta pugna  
escribo al fin estos versos.

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> por Elkin Restrepo . . . . .	7
RETRATO DE ARTISTAS (1983) . . . . .	13
Pier Angeli . . . . .	15
Miroslava . . . . .	17
Sharon Tate . . . . .	18
Johnny Weismuller . . . . .	19
María Félix, en una página de diario . . . . .	20
Elvis Presley ( último concierto) . . . . .	21
Bela Lugosi (una carta) . . . . .	23
Kim Novak . . . . .	24
Rita Hayworth (de paso por Bogotá) . . . . .	26
Anita Eckberg . . . . .	28
Maureen O'Sullivan . . . . .	29
Elenco de Actores y Actrices de la Paramounth 1959 . . . . .	30
ABSORTO ESCUCHANDO EL CERCANO CANTO DE LAS SIRENAS (1985) . . . . .	31
1. He ahí de nuevo el globo . . . . .	33
4. No te culpes . . . . .	34
8. Hazte cargo . . . . .	35
9. Las cosas que cambian . . . . .	36
13. Estos gestos . . . . .	37
14. No es una tarea . . . . .	38
LA DÁVIDA (1991) . . . . .	39
1. La vio desnudarse . . . . .	41
3. En lo banal . . . . .	42
6. Llegas con paso sigiloso . . . . .	43
10. Nos esforzamos . . . . .	44

11. Es el amor.....	45
La dádiva .....	46
LO QUE TRAE EL DÍA (2000).....	47
Elevación .....	49
Óbolo .....	50
El don.....	51
LA VISITA QUE NO PASÓ DEL JARDÍN (2002) .....	53
Composición .....	55
Cruce .....	57
Lugar común .....	58
Seducción.....	59
Acechanza.....	60
El lugar vacío .....	62
Espejo.....	64
Irrupción .....	66
Urna .....	67
COMO EN TIERRA SALVAJE, UN VASO GRIEGO (2008)....	69
Despertar .....	71
Inconformidad.....	73
Helena .....	75
Odiseo .....	76
Odisea, canto IV .....	77
Nausícaa, princesa.....	78
Odisea, canto VI .....	79
Un sacerdote de Quetzalcóatl.....	81
Oficio .....	83
Oficio 2.....	84
Mandamiento .....	85
28. X. 1910 .....	87
Bárbaros.....	89
Pugna .....	90

COLECCIÓN

# PALIMPSESTO

## TÍTULOS PUBLICADOS

1. ALBANO MARTINS

**Vertical el deseo**

*Traducción de A. M<sup>a</sup> García López*

2. JOSÉ JUAN TABLADA

**Un día ... / El jarro de flores**

3. ANTONIO PORCHIA

**Voces**

*Selección de Francisco José Cruz*

*Texto preliminar de Roberto Juarroz*

4. ROBERTO JUARROZ

**Poesía vertical. Dieciséis poemas**

*Estudio preliminar de Laura Cerrato*

*Epílogo de Jorge R. Padrón*

5. EUGENIO MONTEJO

**Adiós al siglo XX,**

*precedido de El taller blanco*

*Entrevista de Floriano Martins*

6. JAVIER SOLOGUREN

**Poemas**

*Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón*

7. JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

**Aire sobre el aire**

8. ANTONIO RAMOS ROSAS

**El arco de hojas**

*Traducción y entrevista de E. Montejo*

9. GUILLERMO SUCRE

**La segunda versión**

10. RAFAEL GUILLÉN

**Doce poemas cardinales**

11. **Poesía de la intemperie**

*Selección poética de letras flamencas*

*Edición de Francisco José Cruz*

12. ROBERTO JUARROZ

**Décimo cuarta poesía vertical.**

**Quince poemas**

*Prólogo de Laura Cerrato*

13. FABIO MORÁBITO

**El buscador de sombras**

*Entrevista de Francisco José Cruz*

14. ANTONIO DELTORO

**Poemas en una balanza**

*Selección y entrevista de F. J. Cruz*

15. VIRGILIO PIÑERA

**Vida de flora y otros poemas**

*Selección y prólogo de M. Díaz Martínez*

16. HUMBERTO AK' ABAL

**Todo tiene habla**

*Selección de Francisco José Cruz*

*Prólogo de Mario Monteforte Toledo*

17. JOSÉ MANUEL ARANGO

**La sombra de la mano en el muro**

*Antología personal*

18. CARLOS GERMÁN BELLI

**¡Salve, Spes!**

*Prólogo y epílogo de Óscar Hahn*

19. MARÍA MERCEDES CARRANZA

**La Patria y otras ruinas**

*Selección de Francisco José Cruz*

*Entrevista de Sandra Martínez León*

20. PEDRO LASTRA

**Datos personales**

*Selección y entrevista de F. J. Cruz*

21. MARIO RIVERO

**Poemas urbanos / Vuelvo a las calles**

22. ÓSCAR HAHN

**Flor de enamorados**

23. CARLOS PEZOA VÉLIZ

**La vida es así**

*Prólogo y selección de Óscar Hahn*

24. SERGIO SANDOVAL

**Guitarra del horizonte**

*Prefacio y selección de Eugenio Montejó*

25. **Poesía de la intemperie**

*Selección de coplas flamencas*

*Edición de Francisco José Cruz*

26. REGINO PEDROSO

**El ciruelo de Yuan Pei Fu**

*Poemas chinos*

*Edición de Manuel Díaz Martínez*

27. ENRIQUETA ARVELO LARRIVA

**Caballo de fuego**

*Prólogo y selección de Miguel Gomes*

28. MANUEL ZABALA RUIZ

**Biografía humilde**

*Prólogo de Xavier Oquendo Troncoso*

*Selección de Francisco José Cruz*

29. ELKIN RESTREPO

**Una verdad me sea dada en lo que escribo**

*Antología personal*

Se dio fin a la impresión  
en la milenaria Ciudad de Carmona  
el 23 de Abril de 2014,  
Día del Libro



En 2002 hizo su primera exposición de dibujos en la Sala Confenalco de Medellín. Actualmente, dirige la *Revista Universidad de Antioquia* y *Odradek*, el cuento (primera publicación periódica dedicada a este género en Colombia).

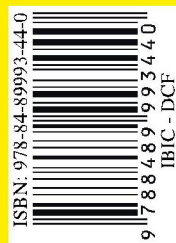
Esta selección de poemas ha sido preparada por su autor expresamente para esta edición.

\*

«De mi poesía, ¿qué decir? Creo que mi verdadera labor como poeta se inicia con *Retrato de artistas*, un libro donde comienzo a desarrollar unos temas y logro un tono que me es propio. La verdad, necesité mucho tiempo para llegar a esto. Aunque empecé a escribir temprano, hacia los dieciséis años, un lenguaje y una manera particular de percibir las cosas, que es lo que distingue a un autor, no se me dieron fácil. Al comienzo, como todo autor novato, escribía influido por los poetas que admiraba. Además, en esa prehistoria personal, me tocó romper con una determinada lírica, la de tradición francesa y española, y acercarme a otra, mucho más moderna, que expresaba mucho mejor, lejos de toda retórica, la vida: la de la poesía norteamericana, venida del gran Walt Whitman» (fragmento de la entrevista que Elkin Restrepo concedió a Harold Alvarado Tenorio en junio de 2006 para la revista *Arquitrave*).

*La poesía de Elkin Restrepo, de tan impecable como sigilosa trayectoria, posee, pese a su variedad temática, un sostenido tono meditativo, siempre en sordina, que gradualmente pasa del desolado sentimiento de derrota o abandono al de una expectante perplejidad, acentuada en la rutina diaria. Mediante el discreto ritmo de prosa de sus versos –de sobria y elegante sintaxis–, el cine, la historia, el mito, la vida interior de uno y la de fuera se entrecruzan en pos de alguna verdad vislumbrada, que finalmente nunca es descubierta, pero que nos hace más humanos y receptivos ante el misterio de todo.*

FRANCISCO JOSÉ CRUZ



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

29

COLECCIÓN PALIMPSESTO